

Volúmenes 10 y 11

La literatura comparada hispanoitaliana impulsada por Miquel Batllori

ÁNGELES ARCE

(UCM)

Cuando se me propuso participar en el merecido homenaje póstumo a don Miquel Batllori, no dudé en aceptar la invitación —a pesar de los diversos compromisos que siempre nos abruman— no sólo por estar de acuerdo en ese justo reconocimiento que se le iba a brindar, sino como tardío agradecimiento hacia un prestigioso intelectual al que no tuve la suerte de conocer personalmente. Hago hincapié en lo de “personalmente” porque si bien es cierto que nunca coincidimos “en directo”, sí que, de alguna manera, nos conocimos; nos conocimos a través de la letra impresa, que es una de las mejores maneras de conocerse.

Desde mis inicios en el campo de la investigación, tuve presente en muchas ocasiones los trabajos de don Miguel —por utilizar el nombre como en Madrid y en la Academia de la Historia él se hacía llamar¹— a causa de mi campo de estudio, centrado fundamentalmente en la literatura comparada hispanoitaliana y en el siglo XVIII. Después de sumergirme en sus puntuales y documentadas investigaciones, la cita bibliográfica en las notas de mis artículos era prueba de mi “obligado” conocimiento batlloriano. Pero mi sorpresa fue enorme cuando en febrero de 2002 —dos meses después de la que sería su última visita a Madrid para recibir el *Honoris Causa* (¡un reconocimiento más!) de la Universidad Pontificia de Comillas— recibí la invitación de don Quintín Aldea, entonces Académico—Coordinador General del *Diccionario Biográfico Español*, para que colaborara en esa prestigiosa publicación de la Real Academia de la Historia con la

¹ Con respecto a la lengua elegida para los nombres o títulos que se mencionen en esta exposición, quiero señalar el criterio que he adoptado. Ya que las *Obras Completas* traducen todos los trabajos del jesuita al catalán, utilizaré esta lengua sólo cuando se haga mención a un apartado o subapartado concreto del volumen para facilitar, así, su localización. Sin embargo, para los títulos de otros artículos de Batllori a los que haga referencia, utilizaré, en todos los casos, la lengua original que el prestigioso maestro eligió para redactar ese trabajo. De igual manera, los nombres de los jesuitas aquí incluidos —independientemente de su lugar de origen en la península— irán citados con su nombre castellano, ya que así eran conocidos en su época entre los suyos y como Batllori nos los ha hecho conocer a todos los que, de una u otra manera, a ellos nos seguimos dedicando (como en el caso de Juan Andrés, Luciano Gallissà, Juan Francisco Masdeu y un largo etcétera).

voz Masdéu y de Montero, Juan Francisco. Mi primera sorpresa se duplicó cuando supe que quien le había sugerido mi nombre había sido precisamente el Padre Batllori², que había conocido y leído mi contribución a un congreso monográfico sobre jesuitas celebrado en Berlín en la primavera de 1999 (ARCE, 2001). Aunque él no había podido acudir, como en la capital alemana se nos dijo, sí estuvo al tanto en todo momento de quiénes éramos los allí invitados y sobre qué trabajábamos cada uno de nosotros³; sin duda fue eso lo que le hizo proponer mi nombre a los coordinadores del *Diccionario* para la semblanza del más pequeño de los hermanos Masdéu que él tan bien conocía⁴.

Dicho esto, se puede entender por qué acepté la invitación de los organizadores del presente homenaje ofreciendo mi colaboración para asuntos relacionados con el siglo XVIII, época a la que el jesuita se dedicó en numerosos trabajos a lo largo de más de sesenta y siete años y que eligió, incluso, para su Tesis Doctoral. Como es sabido, nada menos que cinco volúmenes de la ingente *Obra Completa* batlloriana recogen sus escritos dedicados a distintos protagonistas del Siglo Ilustrado, y, entre ellos, yo me he encargado de los dos —el X y el XI— que se centran fundamentalmente en la estancia de los jesuitas y exjesuitas en territorios italianos, temas y autores que ya estaban recogidos desde mediados del siglo pasado en la que considero que sigue siendo la obra de referencia por antonomasia entre los especialistas de este campo (BATLLORI, 1966)⁵.

² La segunda carta del P. Aldea, fechada en mayo de 2002, decía así: «Me comunica D. Miguel Batllori, Académico Numerario de esta Real Academia, que Vd. es especialista en la cultura hispanoitaliana del siglo XVIII y en concreto sobre la figura de D. Juan Francisco Masdéu. Como estamos preparando la edición de un *Diccionario Biográfico de España* [sic], en donde entran todas las grandes figuras, mucho le agradecería tuviera Vd. la bondad de encargarse de redactar la biografía de Masdéu». Meses después, tras la entrega de mi aportación a la R.A.H., volvía a aparecer su nombre en la carta de don Quintín: «Hemos recibido tu rigurosísima biografía de Masdéu, a sugerencia de Batllori, que supera con mucho y a la vez compendia todo lo escrito sobre él. Como piensa el P. Batllori, este Masdéu es un hombre de extraordinaria cultura, muy mal conocido, muy significativo como prototipo de aquellos ejemplares humanos del final del siglo XVIII y comienzos del XIX [...]. Tu biografía será en adelante obligado punto de referencia y todos te estaremos enormemente agradecidos» (Madrid, 17. XII. 2002).

³ Al respecto puede ser válida la anécdota que recoge Julia Butiñá hablando de la visita a Madrid de un Batllori ya nonagenario: «Asistió aquí a una conferencia [...] durante la cual no dejó de tomar apuntes, sin apenas levantar la vista; pero su curiosidad intelectual era grande y no perdió el who's who del momento, quiénes eran los profesores que allí había» (BUTIÑÁ, 2003: 254).

⁴ Además del capítulo sobre el historiador jesuita (BATLLORI 1966: 413-435, ahora recogido en el tº XI de las O.C., pp. 301-320), se había encargado más recientemente de su semblanza en el volumen III del *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús* (2001: 2555).

⁵ La obra reunía treinta y cuatro estudios —conferencias, artículos, notas documentales, participación en congresos con comunicación o ponencia, homenajes,...— publicados por Batllori entre 1935 y 1965 en revistas y colecciones misceláneas diversas de distintos países, motivo por el cual se nota, en más de una ocasión, «el tiempo en que fue redactado y el género en que fue concebido» (Batllori, 1966: 10) a pesar de una cierta unidad temática que no evita, desgraciadamente, las repeticiones.

En efecto, prácticamente todo el volumen X de la *Obra completa*, salvo ocasiones puntuales⁶, estaba ya incluido en *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos* con un simple cambio de orden, en algunos casos. Las cuatro secciones, si incluimos las *Notes crítiques*, que componen el décimo tomo, se abren con una que reúne cuatro estudios de carácter general sobre la cultura italo-hispánica del *Settecento*, artículos que ambientan todo el conjunto (pp. 3-74), ya que los trabajos dedicados a la cultura ilustrada en general, están recogidos en el volumen anterior.

No es extraño el interés que el P. Batllori mostró por la Ilustración, época sobre la que comenzó a publicar en 1935 durante su exilio italiano, con motivo de una nueva disolución de la Compañía de Jesús decretada en tiempos de la Segunda República (23 de enero de 1932). Demasiadas circunstancias personales lo ligaban, entonces, a la tragedia de aquellos otros exiliados que, sin poder ser conscientes de ello, se convirtieron en los protagonistas de un «gran terremoto intelectual» (AA.VV. 2001: 17) que tendría enormes repercusiones culturales, humanas y políticas en las relaciones entre España e Italia durante las últimas décadas del siglo XVIII⁷. Y está fuera de toda duda, además, que uno de los hechos más significativos que tuvieron lugar en la Europa ilustrada, fue la gradual y tajante expulsión de los jesuitas de las cortes borbónicas de Portugal (1758), Francia (1762) y España (1767), seguida después en otros países.

Sin entrar ahora en la polémica sobre si fue justa o no la decisión “política” de los Borbones, lo que sí parece es que el hecho de desterrar del Reino de España a casi cinco mil quinientos hombres fue “algo” desproporcionada⁸. Sobre todo, si se presupone —y en el caso, al menos, de Carlos III es indiscutible— la buena voluntad y la “militancia” religiosa de los monarcas que adoptaron la drástica medida (AA.VV. 2001: 77-102)⁹.

⁶ Se trata de dos intervenciones realizadas con posterioridad a la publicación del libro en 1966 y a una nota hasta entonces inédita: la conferencia «Carles III i els jesuïtes catalans» (pp. 77- 83) pronunciada en 1989, la colaboración en castellano en el *Homenaje a Luis Díez del Corral* (Madrid, 1987) que aquí se presenta como «Lluçia Gallissà i la sistematització de les ciències» (pp. 129-153) y una breve nota «Sobre Gallissà escriptor i bibliotecari» (pp. 155-160).

⁷ Pocos de los desterrados, como podría ser el caso del P. Isla, llegaron a Italia siendo ya famosos; lo normal es que los que allí destacaron lo hicieron en un período no superior a tres décadas, escribiendo obras apologeticas y tratados eruditos sobre historia (Francisco Javier Llampillas o Juan Francisco Masdú), crítica literaria (Juan Andrés), lingüística (Lorenzo Hervás y Panduro), bibliografía (Ramón Diosdado Caballero y Juan Andrés Navarrete) o musicología (Esteban Arteaga y Antonio Eximeno), entre otros muchos campos y otros tantos nombres.

⁸ El número parece englobar a los 2.746 hombres expulsados de la península y a los 2.630 procedentes de América y Filipinas (MAZZEO 1977: 6 y 18); si a éstos añadimos el número de jesuitas lusos procedentes de Ultramar, no es extraño que don Miguel considerara a la Italia finisecular como el «centro más denso de todo el americanismo europeo», gracias a los hispanoportugueses que en ella se asentaron y escribieron (BATLLORI 1966: 590).

⁹ Es abundante la bibliografía que trata de analizar las causas o las consecuencias de la decisión adoptada por Carlos III (27 de enero de 1767), los avatares de un dramático viaje a Italia, emprendido en abril del mismo año, hacia un destino incierto y lleno de calamidades, los problemas de adaptación

Es cierto que de estos asuntos concretos no habló Batllori directamente en los trabajos que estoy comentando; pero también es verdad que sí se nota, sobre todo, su preocupación por el tema en los capítulos titulados *La irrupció dels exiliats a Itàlia* (pp. 43-66) y *L'antijansenisme en les cartes i memòries dels exjesuïtes exiliats a Itàlia* (pp. 67-74). La excesiva brevedad en el tratamiento de unos temas tan trascendentales para la cultura de la época —aunque se dedicará a ellos en otras ocasiones—, se justifican por el lugar para el que inicialmente fueron concebidos: una conferencia en el Ateneo barcelonés en 1941 y una comunicación a un congreso sobre los jansenistas celebrado en Roma en 1953. La doctrina defendida por los partidarios o contrarios al jansenismo en Italia, la basa Batllori en los comentarios privados que los entonces exjesuitas —después del Breve de abolición de 1773— hacían en sus cartas y diarios personales a lo que él considera los dos acontecimientos claves para el movimiento jansenista: el Sínodo de Pistoia y la Asamblea episcopal de Florencia de 1786 y 1787 respectivamente.

La segunda y más larga sección del volumen décimo se centra exclusivamente en el ámbito del catalanismo y la influencia de éste en la Italia *settecentesca*, aunque de los trece trabajos, que recogen artículos y conferencias, sólo tres, y además muy breves (pp. 77-83; 231-236 y 237-259), estaban redactados originariamente en catalán. Hay que tener en cuenta, también, la época en la que fueron concebidos ya que con excepción del primer trabajo, que es de 1989, todos los demás fueron redactados entre 1938 y 1961, años en los que, no es necesario recordar, a la lengua catalana no se le permitía demasiado “gozar de buena salud”.

La conferencia que abre la sección (pp. 77-83), pronunciada en el *Institut d'Estudis Catalans* en 1989, con el título de *Carles III i els jesuïtes catalans*, no es sino un resumen de un trabajo más amplio que se recoge en el tomo IX de las O.C., que no es objeto de esta exposición. A pesar de la brevedad, parte de la coincidencia entre dos Carlos —el de la Casa de Austria y el de la de Borbón— el primero, sobre todo, con una estrecha relación con los exiliados catalanes y aragoneses en la corte de Viena, circunstancia que debería plantearse, según Batllori, como una postura antirromana, más que antijesuítica.

Algunos de los nombres que se enumeran en el texto son anticipo de los trabajos que se desarrollarán a continuación sobre jesuitas españoles de procedencia geográfica diferente: del ámbito catalán, valenciano y mallorquín, respectivamente. Se da la paradoja —insiste Batllori dentro de su profundo catalanismo— de que entre estos hombres de la parte oriental de la península, se van a encontrar los más fervientes difusores y defensores de la historia y cultura españolas —Andrés, Hervás, Arteaga, Masdáu, Caballero o Llampillas—, y en esa difusión y defensa de “lo español”, no les importará entablar fuertes y encarnizadas disputas con intelectuales italianos, algunos de los cuales eran, también, miembros de la Compañía de Jesús.

A este respecto, y dentro de un tema fascinante que Batllori no aborda, al menos en este lugar, me parece necesario recordar la opinión negativa que de España y de la América hispana circulaba por la Europa ilustrada. Sin embargo, que alemanes, ingleses o los *philosophes* franceses criticaran una administración

española considerada incompetente, un poder político que extendía sus tentáculos en demasiados territorios —aunque mucho más mercedados que en décadas anteriores—, o se opusieran a un clero que parecía querer ejercer su tutela intelectual sobre toda una sociedad, era algo a lo que el ciudadano medio español, más o menos ilustrado, estaba habituado e, incluso, muchos de ellos podían hasta compartir la crítica adversa de los extranjeros. Pero que en Italia, el país de acogida, la “hispanofobia” se centrara indiscriminadamente contra la literatura española y que los ataques vinieran de manos de algunos correligionarios¹⁰, fue algo que estos “defensores de la patria” no estaban dispuestos a permitir¹¹. Y bien utilizando un tono agresivo como Llampillas o Masdéu, o bien uno más moderado y tolerante —y quizás más acorde con el espíritu dieciochesco— como el de Juan Andrés o Juan de Osuna, comenzaron a escribir —utilizando indistintamente tanto el español como el italiano— esas obras filoespañolas de decenas de volúmenes, que los ayudaban a incrementar la exigua ayuda económica que recibían de parte del Estado español con tal de que defendieran el buen nombre de España ante sus detractores italianos¹². Así es como estos hombres se vieron envueltos en las *querelles* de la época¹³, utilizando como foros de debate los medios de los que disponían: bien tertulias literarias, bien la prensa escrita¹⁴.

Volviendo al trabajo de don Miguel, los tres nombres que incorpora en este subapartado sobre los *jesuites catalans* son una muestra de su erudición y buen

y supervivencia de estos hombres en las distintas sedes de los territorios pontificios donde fueron ubicados, la extinción de la Compañía después del Breve papal de 21 de julio de 1773 que los convirtió en “exjesuitas”, pudiendo abandonar o no el estado religioso, y la segunda expatriación de España —decretada por Carlos IV en marzo de 1802— hasta el reestablecimiento de la Orden en 1814.

¹⁰ Los principales ataques italianos salieron de la pluma de los también jesuitas Saverio Bettinelli y Girolamo Tiraboschi o del literato Pietro Napoli Signorelli, que acusaban a España de ser la corruptora del buen gusto y de la buena literatura.

¹¹ De ahí la autodenominación de «filópato» o «filópato expatriado» con la que algunos, como Pedro Montegón o Antonio Fernández de Palazuelos, por ejemplo, se presentaban en la portada de sus libros.

¹² Cabe pensar en un posible “arrepentimiento” de Carlos III ante la siguiente paradoja: el mismo gobierno que había decretado la expulsión, seguía velando por los exjesuitas en el exilio con una ayuda monetaria que, aunque mínima, podía incrementarse con cualquier “pretexto”. El P. Frías comenta, por ejemplo, que aunque «más de tres pensiones pocos alcanzaron», Masdéu recibió como recompensa por su trabajo histórico, hasta diez (ARCE 2001: 104).

¹³ El duro artículo que Nicole Masson de Morvilliers escribió contra España y su monarquía (*Encyclopédie Méthodique*, París 1782, en la voz *Espagne*: I: 565) consiguió algo inusitado: que contra estos ataques, tanto conservadores como progresistas se unieran para hacer frente común contra tantas denuncias que se consideraban demasiado “exageradas”. Datos sobre estas *querelles* se encuentran en CALABRÓ, 1968.

¹⁴ Lo que inicialmente surgió como colaboración entre intelectuales españoles e italianos en un diario de Bolonia dirigido por Ristori, *Memorie enciclopediche*, fue dando paso a fuertes polémicas que hicieron que el grupo de españoles, entre los que se encontraba Masdéu, se alejara de la redacción de la revista. El mismo Masdéu, al parecer, fue el promotor de un «*Progetto d'un giornale Europeo d'una Società di Letterati Spagnuoli residenti in Italia*» (ARCE 2001: 104).

hacer ya que no pueden precisamente incluirse entre los señeros de la Orden y tampoco fueron muy conocidos en los cenáculos literarios italianos donde triunfaron otros muchos compatriotas y correligionarios. El primero es José Manuel Peramàs (1732-1793) que desde la Universidad de Cervera destacó como latinista en América y en la Romagna italiana, donde fueron instalados los expulsos procedentes de la provincia de Paraguay (pp. 85-93). También procedente del cenáculo clasicista de Cervera, era Luciano Gallissà (1731-1810) presentado como hebraísta, a través de su correspondencia con el abate piemontés Gian Bernardo De Rossi, y como hábil bibliotecario de la Universidad de Ferrara, ciudad en la que se asentaron los procedentes de la provincia de Aragón¹⁵. También especialista en filología semítica, pero sin olvidar su dedicación a los estudios románico-provenzales y a los orientales, es como Batllori presenta a Joaquín Pla (1745-1816), vicedirector de la biblioteca ferrarense donde organizó los libros y manuscritos hebreos procedentes, en parte, de los judíos desterrados de Portugal por Juan III. Ya en Bolonia, desde 1794 fue catedrático de caldeo y sirfaco en la ex-universidad estense, gracias a la mediación de José Pignatelli.

El subapartado dedicado a los *Jesuites valencians a Itàlia* (pp. 181-199) tuvo su origen en una conferencia universitaria de 1944, y aunque llena de datos eruditos siempre aprovechables, no deja de ser una simple lista de nombres de expulsos nacidos en esa parte geográfica de España. Sin embargo, se da la peculiaridad de que es entre el grupo valenciano donde se encuentra el mayor número de jesuitas dedicados a la llamada "creación", tanto en el ámbito literario como en el artístico¹⁶. Pero además de estos literatos que practican la prosa y el verso —no siempre sinónimo de calidad literaria ni estética—, Valencia y Alicante fueron la cuna de nombres emblemáticos en los estudios de crítica y erudición, entre los que destacan, por ejemplo, los padres Juan Andrés y varios Antonios: Ludeña (1740-1820) en el campo de las ciencias físicas, Eximeno en el de la musicología, o Conca y Ponç, unidos en el campo de los viajes. Algunos de ellos merecieron para el maestro jesuita que nos ocupa, estudios específicos que se incluyen en este volumen.

Empieza con la figura señera del alicantino Juan Andrés (1740-1817) que encontramos asentado, como a todos sus compañeros de la antigua Corona de Aragón, en Ferrara, aunque en Mantua escribió la mayor parte de sus obras. Por su enorme curiosidad humana, erudita y literaria, el P. Andrés fue un incansable viajero por tierras europeas e italianas desde donde escribió, a parte de un abun-

¹⁵ Como director de la biblioteca universitaria entre 1773 y 1797, redactó un opúsculo, inédito hasta hace poco tiempo, titulado *Distribuzione dei libri della Biblioteca* que incorpora dos novedades: una nueva distribución de los libros que facilitara el uso a lectores, pero sobre todo, a profesores y alumnos, y una novedosa división de las ciencias, diferente a la defendida anteriormente por los grandes filósofos Bacon, Hobbes y Locke.

¹⁶ Menciona entre los "literatos" a Pedro Montegón (1745-1820) —novelista de inferior calidad que el P. Isla—, a Vicente Olcina (1731-1800), al polémico Tomás Serrano (1715-1784), y a otros como Antonio Pinazo (1750-1820), Manuel Lassala (1738-1806), Bernardo García (1740-1800) o Juan Bautista Colomes (1740-1807).

dantísimo epistolario «real» a los más ilustres personajes de la época, unas fingidas *Cartas* a su hermano que fueron inmediatamente traducidas al italiano para facilitar su difusión¹⁷. Proceso inverso, en relación a la lengua utilizada para la redacción, se sigue en los siete tomos de su obra más conocida *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (Parma: Stamperia Reale, 1782-1799), que trata de ser una historia de la literatura universal a la que el P. Andrés considera como cultura¹⁸, dándole una visión neoclásica al Humanismo y Renacimiento italianos. Aunque Batllori parece pasar de largo sobre esta obra, al menos en este lugar, me parece clave destacar en qué consiste su mayor novedad, de las muchas que podrían señalarse: el abate defiende que la cultura europea tiene su origen en la cultura grecolatina, alimentada también por la labor de los árabes españoles y por la Italia humanista, postura que no siempre fue entendida y compartida por otros “literatos” contemporáneos, por lo que Andrés se vio envuelto en una de las polémicas de las que antes he hablado¹⁹. En esta ocasión, la obra, escrita y publicada en italiano, fue traducida al castellano por su hermano Carlos en diez volúmenes (Madrid: Sancha, 1784-1806) para que la sociedad española estuviera al tanto de lo que hacían sus compatriotas en el exilio justificando, así, la pensión que el monarca les pasaba.

En el caso de Antonio Conca (1746-1820), Batllori traza un breve perfil biográfico del abate (pp. 231-36) seguido del comentario de los cuatro volúmenes de su *Descrizione odepórica della Spagna* (Parma 1793-1797), que intenta ser la versión italiana y abreviada del *Viage de España* (1772-1794) que su paisano valenciano Antonio Ponç había dedicado al poderoso ministro y fiscal Campomanes (pp. 237-259). Aunque no se puede asegurar que éste fuera el principal motivo, lo cierto es que muchos jesuitas escribían obras de alabanza a España con la esperanza de ver recompensadas económicamente sus escasas pensiones. Y fuera o no por ese motivo, Conca se propuso divulgar el gran patrimonio artístico y arqueológico español, poco conocido entre los italianos, del mismo modo que con la traducción del *Discurso sobre el fomento de la industria popular* de Campomanes (Venecia 1787) pretendió la difusión del pensamiento económico español en Italia (AA.VV. 2001: 359-377).

Fue también otra conferencia, publicada por Batllori en 1942, el origen del apartado titulado *Jesuites mallorquins a Itàlia* (pp. 261-277) donde se repite prácticamente el mismo esquema que el utilizado para los valencianos: enumeración de nombres de nacidos o residentes en los colegios jesuíticos de Palma en

¹⁷ Se trata de *Cartas familiares del abate D. Juan Andrés a su hermano D. Carlos Andrés, dándole noticia del viaje que hizo a varias ciudades de Italia en el año 1785, publicadas por el mismo D. Carlos* (Madrid: Sancha, 1786-1793). Los dos primeros volúmenes se publicaron por separado en Italia (Torino: Biblioteca Oltramontana, 1786-87).

¹⁸ En la obra el P. Andrés no sigue la distribución clásica de los ingleses de la *Encyclopédie* y propone tres nuevas divisiones para la literatura: las buenas letras o *belle lettere*, como él la denomina, ciencias de la naturaleza y ciencias eclesiásticas.

¹⁹ Sobre las aportaciones de los padres Andrés, Eximeno y Llampillas en la polémica suscitada en torno al teatro barroco español, puede verse DE MIGUEL: 1996.

el momento del "extrañamiento", camino de Córcega, primero, y después hacia Ferrara, que sería su destino final para la mayor parte de ellos²⁰.

Con motivo de la canonización de José Pignatelli, Batllori escribió en 1954 varios artículos ensalzando su figura, que son los que constituyen la tercera Sección de este volumen: *Sant Josep Pignatelli* (pp. 281-317)²¹. Considerado el principal Restaurador de la Compañía de Jesús por su fama de santidad, este Pignatelli, nacido en Zaragoza (1737-1811), pertenecía a una numerosa y conocida familia de desahogados recursos económicos. Como "abate noble" y en plena época ilustrada, participó en tertulias literarias y culturales organizadas en los ambientes selectos de Bolonia, Nápoles o Roma. Sin embargo, nunca se dedicó de forma directa a los estudios literarios como otros muchos compañeros de exilio, a los que sí ayudó desde su posición privilegiada y "militante" dentro de la Compañía.

A punto de concluir el volumen décimo de las *O.C.*, observamos que, si no fuera por las cuatro breves *notes critiques* y reseñas que lo cierran (pp. 321-328), la entrada en el siguiente sería una clara continuación de la materia tratada hasta ahora en torno a los expulsos catalanes en Italia, ya que Batllori nos ofrece en el volumen siguiente reflexiones sobre el papel ejercido por cuatro nuevos intelectuales —Gustà, Pou, y dos de los hermanos Masdéu— durante su obligado exilio italiano. El erudito jesuita se centra en esta ocasión en el campo de la historia o crítica histórica y en el de la filosofía, especialmente el neotomismo y el neoescolasticismo desarrollados en las últimas décadas del siglo XVIII. En este caso, las tres Secciones que configuran el volumen XI²² —sin contar las *Notes critiques* con alguna reseña— tienen en común que los trabajos fueron redactados y publicados entre 1941 y 1946, el primero de los cuales puede considerarse como su "bautismo" investigador al tratarse de una Tesis Doctoral.

El hecho de elegir como doctorando un tema sobre un crítico antijansenista y apologista entre los "menores" de la Compañía de Jesús como Francisco Gustà (1744-1816), pero, sobre todo, tanto el planteamiento general del trabajo y la división del mismo, como las "fuentes bibliográficas consultadas" del final, ponen de manifiesto el enfoque "didáctico" para el que inicialmente fue concebido²³. Después de la presentación biográfica del jesuita dieciochesco, que abre

²⁰ Se recogen los nombres del filósofo Sebastián Nicolau (1730-1773); de los hermanos Company, Francisco (1729-1819) y Juan, el hebraísta (1732-1806) que ejerció un apostolado directo con los judíos residentes en Ferrara; Bartolomé Pou (1727-1802) el filósofo que no se integró demasiado en el mundo cultural italiano y al que se dedicará más detenidamente en el tomo XI de las *O.C.*; el asceta Manuel Andrés Ferrer (1715-1807); Pedro Juan Andreu (1697-1777) y el documentado bibliógrafo Ramón Diosdado Caballero (1740-1829) gracias al cual conocemos muchos datos de sus compañeros de destierro.

²¹ Por su postura ante las persecuciones antijesuitas y su "profundo espíritu religioso", el P. Pignatelli fue beatificado por Pío XI (25.II.1933) y canonizado por Pío XII el 12 de junio de 1954.

²² El título del volumen es sumamente clarificador: *Història, Classicisme i Filosofia al segle XVIII: Gustà, Pou i els Masdéu*.

²³ Preparado el material inédito en bibliotecas y archivos italianos durante la nueva expulsión de los jesuitas en tiempos de la Segunda República española y con la ayuda indiscutible del Padre Ignacio Casanovas, Batllori defendió la Tesis en la Universidad de Madrid en 1941 aunque fue publicada en Barcelona un año después con el título de *Francisco Gustà, apologista y crítico*.

esta primera Sección del volumen a él dedicada (pp. 3-164), Batllori nos presenta las obras de este barcelonés que optó por escribir en italiano en sus distintos destinos en la península vecina: Ferrara, Venecia, Nápoles y Palermo. De espíritu polémico, Gustà no se mostró siempre objetivo en sus obras ni en sus planteamientos: en *L'antico progetto di Borgo Fontana* (Assisi, 1795), por ejemplo, se deja influenciar por las leyendas antijansenistas y ataca con dureza a jansenistas italianos como Scipione Ricci o Pietro Tamburini²⁴; en otros trabajos insiste Gustà en buscar y probar la conexión y dependencia de la Revolución Francesa con el jansenismo, como es el caso de *Memorie della Rivoluzione Francese* (Assisi, 1793), también conocida en la reedición de Ferrara como *Delle influenze dei giansenisti nella Rivoluzione di Francia*, o en la *Vita di Costantino il Grande* (Foligno, 1786) en la que, bajo la apariencia histórica de presentar la Iglesia del siglo IV, se animaba a los príncipes a que obedecieran a los papas presentando a los arrianos como «modernos innovadores»; de la misma manera, en el *Saggio critico sulle Crociate* (Ferrara, 1794) el jesuita justificaba la lucha armada contra la Francia revolucionaria.

La segunda Sección del volumen (pp. 167-297) está dedicada íntegramente a la figura del balear Bartolomé Pou y Puigserver (1722-1802), presentado como filósofo y neohumanista. Dedicado a los estudios filosóficos en Cataluña durante los años anteriores a la expulsión y perteneciente a la escuela ecléctica del siglo XVIII, es Pou, sobre todo, el primer autor en España de una historia de la filosofía redactada en latín como *Institutionum historiae philosophiae libri XII* (Calatayud, 1763). La obra, que no es sino una adaptación de las ideas del filósofo alemán Jakob Brucker, considera a Ramón Lull como el primer filósofo moderno y trata de suavizar el planteamiento que hablaba de una fuerte fractura entre la Edad Media y el Renacimiento. Como humanista, Pou destacó por su conocimiento del latín y el griego, lenguas que explicó a los colegiales en los “cursos de verano”, —si se me permite llamarlos así—, del boloñés Colegio de San Clemente, así como por sus ediciones de clásicos, alguna de las cuales —como la traducción de los nueve libros de la *Historia de Herodoto*— no fueron publicadas en vida²⁵. Estando en Roma a partir de 1785 como secretario del auditor de la Rota y después cardenal don Antonio Despuig, terminó Pou varias obras importantes dentro de la defensa de la cultura española contra los detractores italianos; de ellas destaco el *Specimen interpretationum hispanarum auctorum classicorum* (1789) —sobre traducciones españolas de autores grecolatinos— y el *Plan de una librería selecta*, hoy perdida, pero de la que se tiene la seguridad de haber sido escrita a través de los datos recogidos en el epistolario.

La tercera y última Sección de este volumen (pp. 301-408) —*Joan-Francesc i Baltasar Masdeu, entre la Història i la Filosofia*— está repartida entre los dos más pequeños de los tres hijos jesuitas de los que constaba la familia Mas-

²⁴ Precisamente la versión castellana de esta obra, conocida también como *El Sínodo de Pistoya como es en sí* (Orihuela, 1814), contribuyó de manera decisiva para el desarrollo del pensamiento reaccionario español decimonónico.

²⁵ Ante la solicitud de ayuda económica para su publicación, el mismo embajador Azara no avala la petición atendiendo a su escasa calidad (O.C., XI: 247)

déu y de Montero²⁶. Atendiendo a la cronología y no a la fama de los personajes, cambio el orden de exposición que el P. Batllori había utilizado con anterioridad (Batllori 1966: 437-474) y se respeta en este volumen XI de las *O.C.*

Nacido en Palermo pocos años antes que su famoso hermano, Baltasar (1741-1820) era docente en el barcelonés Colegio de Nobles de Cordelles cuando llegó la orden de expulsión y, por lo tanto, la de volver a Italia, donde había nacido. Allí, en el Colegio de Piacenza desde 1799, su principal labor como filósofo no se debió precisamente a sus escritos, que quedaron inéditos, sino a su estrecha relación con el entonces discípulo y después canónigo placentino Vincenzo Benedetto Buzzetti, que fue considerado el padre del neotomismo o el neoescolasticismo en Italia: el fino olfato de Baltasar como joven estudiante de teología, le hizo fijarse en la filosofía de Santo Tomás cuando en toda Europa no se consideraba ya relevante.

Y he dejado para el último lugar al más importante de los Masdéu, Juan Francisco (1744-1817), famoso en su doble faceta de historiador y de polígrafo de la que, más adelante, voy a destacar su dedicación a la traducción dentro del ámbito del "italianismo"²⁷, que es a la que más me he dedicado.

Con una sólida formación adquirida en seminarios jesuitas y en cenáculos culturales como el de la Universidad de Cervera²⁸, el más joven de los Masdéu entró en la *Accademia dell'Arcadia* nada más llegar a Italia. Batllori, sin embargo, nos lo presenta exclusivamente como historiador, ya que como residente en distintas ciudades italianas —Ferrara, Roma, Ascoli—, comenzó su tardía dedicación a la ingente *Historia crítica de España y de la cultura española* cuya redacción alternó con otras obras de distinta índole²⁹. Con intención meramente divulgativa, Juan Francisco proyectó y comenzó a redactar su *Historia crítica* en italiano, aunque como *Storia critica di Spagna e della cultura spagnola* aparecieron sólo los dos primeros tomos. Entre el primero (Foligno, 1781) y el segundo (Firenze, Anton Giuseppe Pagani, 1787), la obra comenzó a publicarse en castellano (Madrid, Sancha, 1783) y con ritmo regular fueron apareciendo los tomos sucesivos hasta 1805: los primeros, traducidos del italiano, y a partir del

²⁶ Si bien habían nacido los tres en Palermo, mientras su padre era Tesorero General del ejército del Reino de las Dos Sicilias —cuando el entonces infante don Carlos de Borbón no era, todavía, Carlos III de España—, el caso es que los Masdéu no se consideraban italianos de origen, sino catalanes como sus progenitores. El mismo Juan Francisco era habitual que se presentase en la portada de sus libros como «nobile barcellonese» o «natural de Barcelona».

²⁷ Aunque soy consciente de utilizar este término en sentido no del todo correcto, con lo de "italianismo" quiero hacer referencia, sobre todo, al empleo de la lengua italiana por parte de Masdéu tanto en su producción original, en prosa o en verso, como en las traducciones poéticas.

²⁸ Con esta formación juvenil se fue moldeando, poco a poco, un reconocido intelectual, tanto en tierras italianas como españolas, que llegó a ser académico de la Arcadia boloñesa, de Barcelona y Sevilla, además de ser correspondiente de la Real de la Historia en Madrid a partir de 1802.

²⁹ Es autor de numerosos escritos sobre poética, gramática, arqueología, numismática, biografías de santos, política o religión, al margen de historiador y traductor. El perfil biobibliográfico más completo hasta el momento de este jesuita, se encuentra recogido en la voz *Masdéu y de Montero, Juan Francisco*, del *Diccionario Biográfico de España* (DBE), preparado por mi para la Real Academia de la Historia (en prensa).

séptimo, redactados ya directamente en castellano. Los 20 tomos impresos³⁰ llegan sólo al siglo XI y están encabezados por un extenso título que, como muchos de los dieciochescos, es sumamente clarificador ya que el trabajo pretende abarcar toda la cultura hispana o, como el jesuita dice, «todas nuestras historias: las naturales, las civiles, las militares, las eclesiásticas y las literarias»³¹.

Ya que Batllori se centra en un aspecto concreto de esta voluminosa obra —«L'edició italiana de la *Historia* de Joan-Francesc Masdéu» (pp. 301-320)—, me gustaría terminar con unas reflexiones personales sobre la misma: ese intento ambicioso y científico que pretendía el historiador dieciochesco, no logró, a mi entender, los resultados esperados por tres causas principales: la lejanía de los materiales originales, a causa del largo exilio, dificultó la labor de un investigador cuya seriedad y pundonor está fuera de duda, al margen de discutibles opiniones sobre la Reconquista o la figura del Cid³²; en segundo lugar, la necesidad de defenderse ante acusadores que, con o sin razón, atacaban su trabajo, le hizo desviarse del plan general propuesto con polémicas digresiones y apologías inútiles; y, por último, la postura de «nacionalista exagerado» y religioso, generó un efecto contrario al proyectado ya que, a instancias del nuncio Giustiniani, la obra se prohibió en 1826 por las provocativas afirmaciones sobre la Iglesia nacional³³.

El espíritu combativo adoptado por Masdéu en la defensa de lo español, se encuentra también, sin lugar a dudas, en la base de su «otra» actividad, la de literato y traductor, faceta que Batllori no aborda con detenimiento, y que el jesuita ilustrado emprendió con anterioridad a la histórica, para después simularla con ella. La obra más conocida e importante en este campo es *Poesie di ventidue autori spagnuoli del Cinquecento*.

En efecto, el abate Masdéu había comenzado en Ferrara, antes de los treinta años y con el nombre árcade de *Sibari Tessalicense*, su trayectoria literaria con escarceos poéticos de escasa calidad y como traductor al italiano, considerando, quizás, que la traducción era otro buen procedimiento para la difusión de la cultura entre dos países, para el desarrollo de las relaciones literarias y para el acercamiento entre culturas diversas³⁴. Sin embargo, convencido de esto, pareció no ser

³⁰ A éstos habría que añadir los cinco tomos manuscritos que se conservan en la Biblioteca Nacional y en la de la Real Academia de la *Historia madrileña*.

³¹ Simultáneamente, el abate Masdéu explica la historia de España en su relación con la universal en sus dos vertientes: tanto por los influjos recibidos (fenicios, griegos, romanos, visigóticos, árabes) como por los «exportados» (descubrimientos, conquistas, evangelización, etc.).

³² Está convencido, por ejemplo, que el Cid no existió como personaje histórico, ya que de él «nada absolutamente sabemos» (*Diccionario histórico*, 2001: 2556).

³³ Acusado de jansenista, recuérdese que tres tomos de la *Historia crítica* —el VIII, XI y XIII— fueron incluidos en el *Índice* de libros prohibidos en 1826, *donec corrigatur* (FRÍAS: 1914: 232).

³⁴ Aclara en el prólogo que animado por el mismo Llampillas —«cuando le comuniqué mi proyecto de dar a la Italia un Parnaso Español» (MASDÉU 1786: 18)— y con la seguridad que la «mejor defensa [de los poetas españoles era] la de presentarlos en traje italiano, para que la Italia los lea, i los conozca» (IBIDEM.: 16). Curiosamente, similar planteamiento al de Masdéu, se encuentra en la moderna teoría de la traducción.

consciente de que estaba traduciendo a una lengua que no era la propia y la misma firmeza que demostró en la defensa de sus opiniones históricas, que tantos problemas le ocasionaron, puede parecer osadía cuando se «lanzó» sin miramientos a escribir en italiano, apenas cinco años después de su llegada al país de acogida³⁵.

Son muchas las obras que Masdéu escribió y tradujo en italiano³⁶ y si bien la fluidez y el dominio de la lengua extranjera fueron mejorando con el paso de los años en Italia —llegando a una utilización decorosa en cartas y escritos en prosa—, no se puede decir lo mismo cuando el abate se atrevió con el verso y con formas métricas demasiado complejas para alguien que, como él, no era poeta. Ajeno a las críticas recibidas en Italia por sus primeros trabajos como traductor y obsesivamente irritado por la incomprensión que veía en los italianos con respecto de los asuntos de España, pretendió mostrarles a éstos la calidad de la poesía española del siglo XVI con los dos tomos de la edición bilingüe de las *Poesie di ventidue autori spagnuoli del Cinquecento*³⁷. En la obra Masdéu selecciona y traduce setenta y un poemas de veintitrés poetas españoles diferentes —no veintidós como recoge el título³⁸— y los agrupa en cuatro libros según su forma métrica: treinta y una canciones —«bajo de cuio título comprendo madrigales, i otras poesías cortas» (Masdéu 1786: 18)—, seis églogas en metros variados, ocho grupos de octavas y veintiséis sonetos³⁹.

Sin poder extenderme más en pormenores sobre esta obra —de cuyos aciertos y sus muchos fallos he tratado en otro lugar (ARCE 2001)—, sí quisiera concluir diciendo que a Masdéu, nuevamente, lo traicionó un nacionalismo equivocado. Y si bien sus ideas históricas lo convierten en el padre de nuestra

³⁵ Cuando cuatro años más tarde Masdéu, Llampillas comienza a publicar su *Saggio storico apologetico* (Genova: 1778) en italiano, con modestia se justifica por los errores que pudieran encontrarse «nell'opera italiana di uno spagnuolo dopo pochi anni che egli dimora in Italia» (pág. 11).

³⁶ Para la más extensa lista de títulos remito, nuevamente, a la voz mencionada del *DBE*, cuando éste se publique.

³⁷ Sigue así la portada: *Tradotte in lingua Italiana / da Gianfrancesco Masdeu, / barcellonese, / tra gli Arcadi Sibari Tessalicense. / [Tomo I y Tomo II] / Roma, MDCCLXXXVI [1786]. / Per Luigi Perego Salvioni, Stampator Vaticano nella Sapienza. / Con Licenza de' Superiori. //* Aunque la edición es bilingüe, no presenta el frontispicio en castellano que algunos, como Vittorio Cian, citan como *Poesías de veinte i dos Autores españoles del siglo décimo sexto traducidas en lengua italiana*.

³⁸ Y no sólo en el título, porque el jesuita insiste en el prólogo que «entre los muchos poetas ilustres [...] de solos veinte i dos pongo aquí poesías, i aún éstas mui pocas i sin particular selecto» (Masdeu: 1786: 18). La explicación de esta diferencia numérica se encuentra en ARCE 2001: 110-111.

³⁹ El abrumador trabajo de aquellos años, quizás fue la causa del retraso con el que se dieron a conocer en Italia en 1786 los dos tomos de las *Poesie* de Masdéu con respecto a otras publicaciones de similares características. Me refiero concretamente a dos: a la *Colección de poesías castellanas traducidas en verso toscano* [...], (Madrid, Imprenta Real, 1782-1790) del véneto Giambattista Conti; esta obra, que quedó incompleta en el tomo 4º de la primera parte, cuando le fue retirada la ayuda oficial del gobierno español, vio la luz nuevamente en Italia con algunas ampliaciones originales como *Scelta di poesie castigliane del secolo XVI* (Padova, 1819). Y en segundo lugar hago referencia al *Saggio storico apologetico della letteratura spagnuola* [...] de Francisco Javier Llampillas (Genova, Felice Repetto in Canne-to, 1778-1781), que alaba el trabajo de Masdéu y antologiza algunas de sus traducciones.

historiografía moderna, sin embargo el escaso valor poético y la excesiva literaridad de sus traducciones al italiano, le hicieron un flaco favor — pese a su buena intención, que no pongo en duda — a la literatura española que tanto pretendía defender y ensalzar frente a los detractores italianos de lo hispano.

Esta larga digresión sobre un tema que Miguel Batllori no había abordado en los trabajos que estoy comentando, sí tiene su explicación si, para concluir con este homenaje, lo ligo a lo que yo considero, quizás, su mayor aportación en relación con las actividades de los expulsos en Italia, que pusieron las bases del comparatismo hispanoitaliano: me refiero concretamente a las “pistas” que el maestro jesuita siempre dejó abiertas para que otros, después de él, las abordáramos y completáramos⁴⁰. Sin duda, sus investigaciones contribuyeron de forma decisiva para aclarar muchos aspectos de ese complicado mundo de intelectuales, no siempre de “primera fila”. Pero todavía queda mucho por hacer, y no sólo porque muchos de los trabajos de los exjesuitas dieciochescos, que él incluyó en sus estudios, siguen inéditos en recónditas y desconocidas bibliotecas, sino porque muchas preguntas sobre estos literatos esperan todavía respuesta: ¿Por qué el odio “se cebó” precisamente con ellos? ¿Para quién escribían o quiénes eran los lectores potenciales de sus obras desmesuradas y, muchas veces, aburridas? ¿Fueron capaces de entrar realmente en el pensamiento ilustrado que se difundía en una Europa laica? Si fue así ¿qué aprovecharon de él?⁴¹ ¿Supieron estos religiosos participar en la secularización de la cultura y la ciencia del Siglo Ilustrado? ¿Consiguieron cambiar la opinión negativa que de España se tenía en Europa, y especialmente en Italia, o, por el contrario, con su actitud beligerante e intemperante fomentaron más la incompreensión y los prejuicios antiespañoles que muchos ilustrados extranjeros no se molestaban en ocultar?

Estoy segura de que don Miguel hubiera puesto su empeño en contestar a éstas y a otras preguntas que, con seguridad, se planteó en muchos momentos de su vida de nonagenario lleno de inquietudes.

⁴⁰ Hago referencia a las “pistas” que a mí, personalmente, como italianista y dieciochista, el P. Batllori me ofreció, unas veces para seguir las y completarlas, aunque otras para discrepar de su planteamiento. Con toda seguridad, a otros estudiosos de campos diferentes, les habrá ocurrido lo mismo.

⁴¹ Nos encontramos ante una nueva paradoja, ya que si una de las causas aducidas para justificar la expulsión fue la de considerarlos como «un colectivo paralizante del progreso en la vida española, un obstáculo para el avance de las reformas ilustradas» (DE MIGUEL, 1996: 626), algunos de ellos fueron los protagonistas de un «mestizaje intelectual» sin precedentes «allende los Alpes».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (2001): *Los jesuitas españoles expulsos. Su imagen y su contribución al saber sobre el mundo hispánico en la Europa del siglo XVIII*, ed. de Manfred TIETZ. Madrid: Iberoamericana y Frankfurt am Main: Vervuert.
- ARCE, Ángeles (1999): «Il *Giorno* "interpretato" da un gesuita spagnolo: Fernández de Palazuelos (Approccio al parinismo ispanico del Settecento)» en *Rivista di Letteratura italiana*, XVII, 2-3: 653-660.
- ARCE, Ángeles (2001): «Juan Francisco Masdéu: la "buena" intención de un "mal" traductor de poesía» en AA.VV. (2001): 103-132.
- Arce, Ángeles: «Masdéu y de Montero, Juan Francisco» y «Fernández de Palazuelos, Antonio» voces preparadas para el *Diccionario Biográfico Español* (DBE), Madrid: Real Academia de la Historia (publicación en preparación).
- BATLLORI, Miguel S.I. (1966): *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos (1767-1814)*. Madrid: Gredos.
- BATLLORI, Miguel (2001): «Masdéu y de Montero, Juan Francisco» en *Diccionario histórico* (2001)X, III: 2555.
- BUTIÑA, Julia (2003): «Miquel Batllori. *In memoriam*, S.I. (1909-2003)» en *Revista Llenguas y Literatures catalana, gallega y vasca*, Madrid: UNED, 8: 253-256.
- CALABRÒ, Giovanna, (1968): «Una lettera inedita sulla querelle intorno alla cultura spagnola nel '700» en *Studi di letteratura spagnola*, 191-203.
- DE MIGUEL y CANUTO, Juan Carlos (1996): «Voces españolas, ecos italianos: los jesuitas expulsos y la polémica sobre el teatro barroco» en *El teatro español del siglo XVIII*, ed. de Josep M^a SALA VALLDAURA. Universitat de Lleida: 625-651.
- Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático* (2001): dirigido por Charles E. O'NEILL, S.I. y Joaquín M^a DOMÍNGUEZ, S.I., Roma: Institutum Historicum S.I. y Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- FRÍAS, Lesmes (1914): *La Provincia de España de la Compañía de Jesús (1815-1863)*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- MASDÉU, Juan Francisco (1786): *Poesie di ventidue autori spagnuoli del Cinquecento*, Roma: Luigi Perego Salvioni.
- MAZZEO Guido Ettore (1968): «Los jesuitas españoles del siglo XVIII en el destierro» en *Revista Hispánica Moderna*, 34: 344-355. Reelaborado en (1977): *Los jesuitas españoles y la cultura hispano-italiana del siglo XVIII*, Tortosa, Centro Asociado de la UNED.